

Planteadas así la cuestión, las preguntas incluíbles han de ser estas:

1.ª ¿Cómo cabe explicar esa presencia y persistencia?

2.ª ¿A qué debe su especificidad el corporativismo francés?

Las respuestas darán lugar al análisis de la situación francesa de 1789 a 1948, de cuyo examen resulta inferirse que el corporativismo francés no es sino la acomodación a unas condiciones caracterizadas esencialmente por la impotencia del liberalismo del *laissez-faire* para dominar el cambio que se opera con la revolución industrial y la repugnancia por otras concepciones del mundo que pudieran interpretarse como soluciones (socialismo, comunismo). Pero las ideas se influyen mutuamente, y de ahí que el corporativismo (solución no típicamente francesa) tenga en Francia unas características peculiares. Así, la autenticidad del catolicismo francés (a través de una serie de figuras como La Tour du Pin, De Mun, etcétera), enemigo, por tanto, de cualquier especie de *estatismo* o totalitarismo, dotará al corporativismo francés de una actitud recelosa y hostil hacia el Estado, al que se vendrá a considerar, ortodoxamente, como simple instrumento de la vida colectiva, como sirviente de la comunidad, dirección fortalecida e influenciada por la escuela pluralista (Duguit, Hauriou). Las corporaciones serán así en el pensamiento francés unidades o esferas vitales descentralizadas y autónomas respecto del Estado.

Claro que construir con semejantes limitaciones un sistema corporativo implica la utilización de considerable medida de utopismo o poesía, ingredientes que señala el autor al hablar de la vinculación romántica con los gremios del Antiguo Régimen y que la realidad hizo patente bajo el sistema Pétain, en que el corporativismo que se pretendía autónomo hubo de hacerse estatal y las Corporaciones no pasaron de ser, como en otras latitudes fueron y son, simples unidades administrativas. He ahí un ejemplo de cómo la intervención de los poetas en la política termina resolviéndose en presión dictatorial.

Todo lo anterior cabe inducir de la obra de Elbow, que, sin embargo, es más expositiva que constructiva; se fija más en los corporativistas que en el cor-

porativismo. No obstante, es el suyo un estudio laborioso y meritorio, por la cantidad de autores contemplados y la claridad expositiva.

MANUEL ANDRINO HERNANDEZ

Grane BRINTON: *Presente y futuro de Europa, vistos por un norteamericano*. Traducción de Jaime Berenguer Amenós. Prólogo de José M. Pi Suñer. Vergara Editorial, S. A. Barcelona, 1956. 179 páginas.

Clarence Crane Brinton, profesor de Historia Antigua y Moderna en la Universidad norteamericana de Harvard, es un escritor bastante conocido ya en España. Se han vertido al castellano por lo menos cinco de sus obras más significativas: "Las vidas de Talleyrand" (Espasa-Calpe, Madrid), "Anatomía de la Revolución" (Fondo de Cultura Económica, México), "Nietzsche" (Editorial Losada, Buenos Aires), "Las Ideas y los Hombres" (Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid) —acaso su libro más conseguido— y ésta que ahora tenemos entre manos, sobre el temperamento y condiciones de supervivencia de la Europa Occidental. Brinton es un autor típico norteamericano; esto significa que nos hallamos ante un "intelectual" capaz de despertar el máximo interés en la conciencia de los lectores —sobre todo ahora, de los lectores europeos—, y también un complejo más o menos racional de prejuicios. Su lenguaje expresivo y directo, su talento de expositor fácil y atrayente y la gracia chispeante con que adorna su estilo y tanto ayuda a esclarecer sus argumentaciones, le han colocado entre los escritores más leídos de esta hora.

"The Temper of Western Europa" —título inglés de la obra, traducida admirablemente por Berenguer Amenós— es un libro cargado de optimismo reflexivo sobre la capacidad de supervivencia de nuestro continente, o por mejor decir, de la Europa Occidental, integrada por dieciséis naciones soberanas ajenas al sistema planetario comunista. Muchos autores —Lewis Mumford, T.

S. Eliot, Katherine Anne Porter, etcétera— han creído que a partir de la segunda guerra mundial Europa está muerta o por lo menos moribunda. Estos “profetas agoreros”, como los llama Crane Brinton, han hablado de “confusión y desintegración evidentes”, de “época de decadencia”, de “la agobiante amenaza de una catástrofe mundial”, etcétera, cuando se refieren a la Europa occidental. El autor cita también a Arthur Koetsler, otro testigo del panorama europeo de postguerra nada optimista.

En su novela “Age of Longing” describe, en efecto, un París donde las lacras más insospechadas y la desesperación constituyen la estructura moral del ambiente. Hay un personaje en este relato, un viejo aristócrata francés, “lleno de vicios y obsesiones, que son para su creador, Koetsler, el símbolo de nuestra angustia actual”. Este personaje “siente especial obsesión por la glándula prostática y Francia y todo el occidente aparecen bajo el aspecto de una próstata inflamada”. Otro protagonista, un comunista, parece que desea el estallido de la próstata, y muchas personas, que no son comunistas, ansían igual suceso, esperando quizás resultados dispares. Pero en el libro de Koetsler, dice Brinton, se descubre un cuadro demasiado trágico para que lo aceptemos sin sospecha alguna. ¿Es todo esto cierto? Dejemos a un lado la metáfora koetsleriana de la próstata, que a tantas personas preocupa. ¿Hay razones bastantes para que podamos, en realidad, sumirnos en la desesperación y formar coro con los profetas agoreros? No sería difícil, con seguridad, rastrear en la historia del pensamiento las ideas sobre “la catástrofe inmediata”, tan pertinaces por cierto. Platón inauguró el ciclo con su diálogo sobre el hundimiento de la Atlántida y otros escritos. Los mismos profetas hebreos no fueron ajenos a la visión pesimista de su coetaneidad. Pero el hecho de que en muchas ocasiones —acaso demasiadas— los profetas de mal agüero de todo momento hayan fracasado es-

trepitosamente y sus vaticinios resulten, al correr de los tiempos, cábalas de un pesimismo irracional, conduce, según Brinton, a una revisión del problema, referido esta vez a la Europa de postguerra y a las últimas predicciones agoreras.

El autor de este libro ha viajado por Europa en diversas ocasiones y ha intentado auscultar la conciencia de nuestros pueblos —sin guiarse para ello de las opiniones de los personajes de relieve, sometidos en muchas ocasiones a los prejuicios de sus propias experiencias— y conocer la realidad política, social y económica de la Europa actual, a fin de saber a ciencia cierta a qué atenerse, si a los vaticinios pesimistas de los profetas agoreros, o bien a conclusiones distintas o tal vez diametralmente opuestas. Su escepticismo “respecto al diagnóstico de una enfermedad mortal en la Europa occidental de la postguerra”, le evidenció la necesidad de recurrir a la observación directa de los hechos, sin el ánimo cargado de prejuicios, que parece llenar la mentalidad de tantos escritores y viajeros. Es cierto, desde el cómodo sillón de un respetable despacho no puede el sociólogo compulsar la realidad social, ni mucho menos aludir a catástrofes, decadencia o a la muerte de una parte vigorosa de un continente, que después de todo ha llenado ella sola los capítulos más importantes, sin duda, de la Historia universal.

Todo parece indicar que la Europa actual —es decir, la Europa de los “gobiernos por discusión”— está muy lejos de encontrarse no ya muerta, ni aun siquiera moribunda. Un viajero que llegase a París o a Londres, recibiría la impresión, dice el profesor Brinton, de hallarse en una ciudad que nada tiene que ver con la agonía diagnosticada por los falsos vaticinadores. Es cierto que “nadie podría dejar de advertir, en Inglaterra o en Francia, las cicatrices de la última guerra”, pero no lo es menos que una gran parte de ellas han desaparecido y que los países de Europa occidental, después del es-

fuerza sobrehumano que supuso su reconstrucción en todos los órdenes, se normalizan a pasos agigantados. La furia de la construcción existente nada recuerda a las sociedades decrepitas. La muchedumbre que llena cervecerías y teatros, pasea por los parques y bulevares o viaja en número incomparable con otras épocas, tampoco recuerda la sociedad de "silenciosa desesperación" entrevista por los profetas agoreros. Más aún, si se observa esta misma Europa de nuestros días, en el orden económico, llegamos siempre de la mano del señor Crane Brinton, a la conclusión de que "los países de Europa occidental son actualmente más ricos que en ninguna otra época". La estadística referente a los índices de producción minera e industrial, la de la renta nacional, etc., constituye una buena prueba del alza notable, de la regularidad ascensional con que se han desenvuelto en el último decenio los fenómenos económicos.

Otros datos —los índices de natalidad, el de consumo de calorías por individuo, etc.— refuerzan las ideas optimistas del autor, a pesar de la escrupulosidad con que analiza "el lenguaje sin corazón" de la estadística. No es posible, tras la argumentación de que se vale el profesor Brinton, creer que Europa occidental está abocada a una decadencia económica inmediata.

El apartado tercero de este libro se dirige al pasado de Europa, al pasado en cuanto que "constituye inevitablemente gran parte del presente". Para el autor ese pasado —dato del pulso firme con que se desenvuelven los pueblos— se manifiesta en las orientaciones de la reconstrucción, realizada siempre durante la postguerra, con el criterio de respetar los viejos hábitos de la ciudad o del ambiente. El patriotismo nacional, uno de los elementos que más obstinadamente han caracterizado el temperamento de Europa, persiste a pesar de las nuevas estructuras políticas y económicas con que se está organizando esta parte importante del mundo. Las fórmulas políticas, asentadas sobre la anti-

gua práctica del "gobierno por discusión", no han periclitado en Europa; conservan, al contrario, la flexibilidad y riqueza de otras épocas. Si es cierto que todos los seres humanos tienen gustos y opiniones diferentes y la democracia es el respeto y garantía de unos y otras, debemos admitir que en Europa occidental, salvo excepciones mínimas, la democracia se halla en la postguerra tan fuertemente arraigada como en el pasado. Otro tanto ocurre con la estructura social de las distintas naciones, que no es menos persistente. El proceso de nivelación, sintomático en todas las sociedades de Occidente, no ha marginado, sin embargo, algunas de las características de la clásica estratificación social. El mismo individualismo subsiste en toda Europa e incluso la iniciativa privada puede crear cosas nuevas que la "economía mixta" y de seguridad social parecen hacer ya imposible. El caso insólito del "milagro alemán" es un dato insustituible en este orden de cosas. Europa occidental se mueve entre la lucha de las estructuras tradicionales y las novedosas, pero ello constituye, a juicio del autor, un elemento inapreciable del desenvolvimiento eficaz de esta gran sociedad de pueblos.

Quizás fuesen suficientes los datos y observaciones suministradas hasta aquí por Crane Brinton, para justificar su postura realista, su confortante tesis de la supervivencia europea. Pero el profetismo agorero maneja con frecuencia los tópicos pesimistas encarados con el futuro. De ahí que el autor, en una última tentativa por mostrar la falsedad de las afirmaciones, debidas a ciertos hábitos deformantes de muchos intelectuales, analice en el último apartado de su libro el futuro posible —"el de una o dos generaciones, es decir, el futuro que puede ser presente para muchos de nosotros"— de la Europa occidental. Sin duda entramos ahora en la parte más sugerente de la obra, por todo lo que tiene de conjetura, por lo que puede ofrecernos el pensamiento dinámico del señor Brinton y por cuanto significa en

este orden de cosas el aporte comparativo de la gran experiencia norteamericana.

El señor Brinton no cree en la vieja idea del Gobierno Mundial o por lo menos en su viabilidad más o menos próxima, cosa esta, después de todo, en la que pocas personas tienen fe, si es que juzgan la colosal tentativa de las Naciones Unidas y sus precedentes, por los exiguos resultados obtenidos, aunque nada más sea en el orden de la paz internacional. Además, es improbable que en esta época, configurada por tanto sentido practicista y el afán de consecuencias inmediatas con que se adultera todo esfuerzo, nadie se muestre partidario fervoroso de un sistema de gobierno universal, que todo lo más podría tener vigencia a varios siglos sobre el nuestro, pero de cuya instalación seguramente no serán testigos las dos generaciones con que Brinton delimita el "futuro". Siendo razonables hay que convenir, por otra parte, que si se realizara la organización política del mundo, hasta el punto de convertirnos en testigos forzosos de esa nueva era, es seguro que los pueblos se verían sepultados en un despotismo iletrado sin precedentes. La verdad es que tal como está aderezada la política internacional de nuestros días, tan sólo el comunismo "podría" llevar a cabo una empresa de ese talante.

Tampoco cree el autor en la viabilidad de la Unión Europea, del gobierno federal para Europa, por lo menos como una realidad factible en lo que resta de siglo. Con el lenguaje expresivo de siempre y su característica agilidad Crane Brinton expone sus dudas sobre ese gran problema en que está empeñada Europa. "Yo creo —escribe— que una unión federal, política, un verdadero Estado federal, debe ser excluido dentro de los futuros posibles". Y añade: "Los seres humanos, dirigentes y dirigidos, que en nuestros días deberían tomar y llevar a la práctica las decisiones necesarias para crear un Estado de Europa occidental, son, a mi juicio, completamente incapaces de ha-

cerlo. Sus tentativas pasadas demuestran que por este camino no pueden ir mucho más de prisa que lo que ahora van". Las razones que impiden aceptar ni aun siquiera la posibilidad de un gobierno universal en el futuro próximo, seguramente no son las mismas que destierran del ideario de Brinton la Unión Europea para el mismo plazo de tiempo. La duda formulada por el autor sobre la eficacia de la actividad de los políticos europeos a este respecto, está tal vez justificada "históricamente". Pero lo cierto es que hoy los hombres públicos del viejo continente han llegado a ponerse de acuerdo en muchas más cosas de lo que estuvieron hace cien años. Es posible que la nueva táctica cooperacionista de los políticos dé excelentes resultados mucho antes de finalizar nuestra centuria.

Pero Europa está en marcha. El mismo señor Brinton reconoce que esa especie de "revolución por consentimiento" operada en Europa, a la vista de su integración, ha cristalizado en una serie de instituciones y organismos que en gran manera están sobrepasando ya el Estado nacional soberano. Muchas organizaciones, oficiales o no, se han creado en estos años —recordemos entre nosotros la "Asociación por la Unidad Funcional de Europa", que ha sido la auténtica *avant-garde* de las ideas europeistas españolas—, cuya misión fundamental ha sido entretejer y formar la conciencia de la europeidad y despertarla a la gran empresa que a todos incumbe. "El resultado total de sus esfuerzos en este sentido —reconoce Brinton— es impresionante, del todo suficiente para convencerme de que el porvenir más probable de la Europa occidental radica en el perfeccionamiento de los métodos de cooperación existentes y en la búsqueda de otros nuevos". Al examinar lo que de una manera efectiva han realizado los europeos —una parte de los europeos—, el autor expone sus opiniones sobre el Plan Schuman y el Consejo de Europa exclusivamente, y es que su silencio sobre otras instituciones importantes —el Mer-

cado Común y el Eurátomo— guarda conexión con la fecha de la edición de este libro en los Estados Unidos.

En el mismo sentido estudia la ONU y la NATO, organismos que si poseen su indiscutible relieve dentro de la política internacional de nuestros días, no constituyen, desde luego, “empresas funcionales cooperativas” nacidas al calor de la conciencia europea y creadas para el servicio y seguridad estricta de Europa. Hay un hecho evidente —reconocido incluso por el autor—: el nacionalismo furioso de otra hora, sostenido por la necia creencia en la economía autárquica, de que fueron voceros los fascismos, los nazismos, etc., ha muerto y definitivamente. La llamada de Europa sorprendió a grandes sectores del viejo continente, adormilados, como las vírgenes bobas, sobre el empacho de un doctrinarismo tráfuga y mohoso. Pero Europa se hará —la “pequeña” está ya en marcha— sobre la base de unas condiciones y creencias insustituibles, que garanticen la continuidad y permanencia de esa gran empresa y no la sujeten al descarado capricho de los dictadores o a la tramoya de la reacción nacionalista. Europa “occidental” está seguramente en la primera etapa de su integración política, la de los problemas económicos y sociales; el “futuro” —en la dimensión que otorga a ese vocablo el autor— decidirá, porque el tiempo la apremia angustiosamente, si ha de constituir un Estado único o ha de desaparecer entre las *impacencias* de los amigos del señor Brinton o de sus enemigos comunistas.

Al lado del problema de la unión política de Europa coloca Brinton unas breves reflexiones sobre el futuro económico de nuestros pueblos: problemas de la conservación del nivel de vida, de los mercados internacionales europeos, de la economía autárquica, del colonialismo, etcétera, y las fórmulas de la “economía mixta” con que Europa pretende resolver las cuestiones de más relieve. Concluye, en fin, el autor, con el examen del espíritu de la Europa occidental, la cuestión-nervio de este li-

bro. Se plantea en estos términos: “¿El estado de espíritu de los pueblos de Europa occidental es tal que pueden afrontar con energía y confianza la tarea de la reconstrucción, que es en realidad la de constituir en forma nueva? ¿O bien son verdaderamente pueblos *viejos*, incapaces de renovarse, mental y físicamente agotados, exhaustos?” El autor, ya lo hemos visto, rechaza el diagnóstico de los profetas agoreros e incluso el de Spengler, Sorokin y Toynbee. Partiendo de una distinción empírica entre las clases intelectuales y “la demás gente”, esboza un cuadro optimista del espíritu de Europa. La filosofía —que no tiene, ni mucho menos, su expresión única o general en el existencialismo no cristiano—, las manifestaciones artísticas y literarias —repletas de matices y tendencias—, la consolidación del pensamiento político moderado, la cultura, en fin, de la Europa actual, constituyen una prueba irrefutable de la vitalidad de sus clases intelectuales. El mismo hombre medio, a pesar de que la verificación objetiva de su estado espiritual, supone arduas dificultades para el sociólogo, muestra idéntica vitalidad. Las encuestas realizadas sobre múltiples problemas en Francia e Inglaterra, los acusados índices de natalidad e incluso el auge del fenómeno deportivo, son datos sociales, positivos e insustituibles para poner de relieve el progreso y la marcha de Europa. Pero todo ello, con seguridad, no constituye la visión de un optimismo impenitente. Observaciones de viajero, experiencias acumuladas desde otros tiempos, examen crítico de estadísticas, aportación de los datos objetivos más dispares, conocimiento profundo de la historia contemporánea europea, etc., han permitido al profesor Crane Brinton elaborar este sugerente libro. El optimismo, pues, sobre el destino de Europa, se basa no en los prejuicios, en las conveniencias o en la deformación del pensamiento por la influencia de la emotividad, sino en el tratamiento directo de la esperanzadora realidad europea. Para un sociólogo es ese el me-

por elogio que pudiera hacerse de su método de trabajo, y para Crane Brinton debe ser motivo de satisfacción la franca acogida con que reciben su libro las generaciones europeas que vienen inmediatamente tras la suya.

FERMIN SOLANA PRELLEZO

Horst EHMKE: *Grenzen der Verfassungssänderung*. Duncker. Humblot, 1953. 144 páginas.

Este difícil problema de cuáles serían los límites de un cambio de Constitución se refleja claramente en el ambiente político de los últimos cincuenta años.

Ya durante la época de BISMARCK se planteó (si es que podemos dar a la palabra "plantear" la extensión jurídico-sociológica del momento) esta misma cuestión, aunque sin gran profundidad.

El problema de cuáles serían las repercusiones que un cambio de Constitución traería como consecuencia en el ámbito de una nación, no podía encontrar eco en un estado nacionalsocialista, porque totalitarismo es la negación de la Constitución.

Ehmke trata el problema tal y como se vislumbró en el año 1920, pero incorporando no obstante a aquel momento la mentalidad de la sociedad actual. ¿Es que podemos (pregunta Horst Ehmke) adentrarnos en el estudio del tema que nos concierne sin antes saber *realmente* lo que es Constitución y Estado Constitucional? ¿Qué significación tiene este binomio? Aquí estriba, precisamente, la dificultad de nuestro estudio.

Pero si nos dejamos de rodeos y acometemos el tema "in radice", poco a poco estas dificultades van desapareciendo.

El problema, tal y como hoy podíamos considerarlo, tiene su origen en el año 1920, y es en esta fecha cuando la crítica por la mayoría de los autores alemanes se hace enconadísima. Nada, sin embargo, más normal cuando se plantea la cuestión en un ambiente sociológico totalmente distinto; desaparece la Monarquía y aparece la República de

WEIMAR. No es ya un pueblo el que lucha duramente contra la opresión de un monarca; es el mismo pueblo el que a partir de este momento va a convertirse en soberano.

Ahora bien, dejándonos de prejuicios y enfrentándonos honestamente con la situación, y sobre todo si nos impregnamos de la mentalidad germana del momento, hemos de admitir que no cabe otra postura. Y esto descendiendo de un principio que esta introspección que realiza la República de WEIMAR es muy difícil incluso para un pueblo (como es el alemán) de innegable tradición política y acostumbrado además al dinamismo moderno.

Toda la legislación del momento ataca duramente la concepción de WEIMAR, pero además con las mismas armas que en la época de BISMARCK y casi podemos atrevernos a decir que incluso con la misma mentalidad de entonces; aunque bajo la apariencia de un "positivismo" cuyos pilares descansan en la triología Gerber, Laband, Jellinek.

De ahí precisamente la necesidad de analizar detalladamente las aportaciones que nos trae tal herencia.

Pero ¿qué es el Positivismo, objetivamente considerado?

En el campo de la historia podemos definirlo como "la interpretación de un sistema formal y terminado ajeno por completo a toda clase de cambios históricos".

Se ve, pues, en el "positivismo" un refugio desde donde poder contemplar todo el desbarajuste político del momento, y así en frase muy significativa de LABAND, "las leyes podrán ser defectuosas, pero nunca lo será el *Rechtsordnung*, como tampoco lo serán las leyes de la naturaleza".

Ahora bien, ¿surge el Positivismo como reacción, o simplemente como sistema? Para Ehmke, en el movimiento político de Laband, no cabe ver un resultado deductivo, proveniente de grandes esfuerzos, sino la actitud comodona del *Laissez faire* actuando al margen de toda corriente política, no es, pues, un